

Conchita Alegre Gil

Boek: «Vallen is als vliegen» van Manon Uphoff

Vertaald fragment: (pag. 27 t/m 41)

Caerse es como volar

[...]

Henne Fuego me regaló mi primer sujetador. Yo tenía doce años, ahí de pie, bajo la lámpara de mi flamante habitación. Ella había ayudado a mi madre a elegir el empapelado y la moqueta: vivos colores de los años setenta, naranja y morado (íbamos a empezar una nueva vida), cuando me entregó aquella maravilla azul oscuro para la que yo aún no tenía pecho. Tras su divorcio —su marido la engañaba con otra—, sus ingresos disminuyeron dramáticamente. No tenía estudios, a nadie le habían parecido necesarios; se mudó a una vivienda para ella sola donde más tarde cuidaría de su hijo. Aquí hay que contar una historia. Nuestro primo se quedó inválido cuando ya vivía con ella. Regresó a la casa tras divorciarse, deprimido y necesitado de los cuidados maternos. Sin empleo ni un carácter afable, aunque esto lo cambió el coágulo cerebral. Sufrió una trombosis por permanecer durante meses inmóvil en la cama, en el primer piso. Se oyó un golpe sordo y lo encontraron en el suelo, entre la cama y la pared. A partir de ese momento le llamábamos “pera en almíbar”, tan blando, suave, dulce. Ella le empujaba todas las noches escaleras arriba, peldaño a peldaño.

Estaba cada vez más redondo y carnoso mientras que Henne seguía adelgazando. Y delgada siempre había sido. El tipo de delgadez que le gusta a la gente como Trump. Ya sabes, la mujer no tiene que tener demasiada carne, excepto un par de tetas de gelatina; nunca demasiado espacio, demasiado griterío.

Ira, a veces siento que nunca se apagará, que será una antorcha siempre encendida. Unos años después de que ese hijo se instalara con ella, le redujeron la ayuda social, al fin y al cabo, compartía su “abundancia doméstica” con él, a quien ni se le ocurría aportar un solo

euro. Él cenaba fuera. En el restaurante del Van der Valk. Iba en su escúter eléctrico y nunca perdonaba el postre.

Cuando nos enteramos, se convirtió en nuestro tema de cotilleo.

Henne Fuego no decía nada. Sabía callar como nadie.

Callaba sobre HEHH, que también tuvo que visitarle en su apariencia de Minotauro cuando era niña. Sobre su padre biológico, que una vez pidió a Toddie que le enseñara sus braguitas.

Fumaba como una chimenea y comía cada vez menos.

Reía; siguió bailando por unos años después de divorciarse y mantuvo el silencio con un misterioso gesto en los labios.

Estaba vieja, para mí *era* una vieja. Pobre, soltera, sin trabajo.

Era la personificación de mi peor pesadilla.

—Por favor, señor, no permitas que me convierta en una Henne.

Se reía como una hiena. Pero no era ninguna bruja, como la llamaban los niños del barrio.

Era muy retraída, reservada.

¿No es eso lo decente? ¿Quién se iba a fijar en una histérica? ¿Una *nasty woman*?

La noche de su muerte, noventa jóvenes fueron masacrados a balazos en el Bataclan y yo no me atreví a asimilar el horror de su humilde muerte.

Allí estoy, con el ramo de rosas blancas ante su cingara tumba morada, pequeña y estrecha y oh, *founding fathers*, es tan grande mi ira que podría calentar el mundo.

«*Grab 'em by the pussy*»

Échalas del trabajo.

Que se ocupen de sus hijos, de los orines de sus padres.

Mételes una polla.

Siento crecer mi ira, adoptar miles de formas como un cuadro de Jeroen Bosch.

Cálmate. Sé la dominatriz de tus palabras. Observa tu ira, el naranja y el dorado, el frío azul. Allí es donde más caliente está, donde puedes fundir el hierro...

Henne Fuego quemaba el suyo en su interior, como un pedazo de lignito. La última vez que yo quise parecerme a ella fue en 1975, acababa de regalarme aquel pequeño sujetador.

Debió de ser entonces cuando me puse a correr.

Desde 2008-2009, durante el largo invierno de nuestro enfado, se produjeron muchas situaciones desagradables y dramáticas en nuestra familia y círculo de amistades, pero no fue hasta 2015 cuando nos dimos cuenta de que tampoco nosotros, los más jóvenes, habíamos conquistado el mundo y que en cierto modo, éramos un ensamblaje de múltiples imposibilidades. Oleg, mi marido venido del extranjero, los *drop-outs* económicos de la familia, el hermano con discapacidad mental, el enfermo que no se atrevía a quedarse en casa debido a su empleo y el ojo avizor del seguro de enfermedad, yo con la boca llena de implantes colocados, según resultó, por un chapucero, y la pobre Toddiewoddie abandonada, sin marido pero con un conejito vibrador de color morado, llorando por la pérdida de su hermana.

En fin... todos nosotros: los *misfits*, las ovejas negras.

Yo no veía a Henne con frecuencia, no la veía prácticamente nunca —una vez al año, cuando conmemorábamos la muerte de HEHH en un restaurante de Nieuwegein.

—Si no comes, ya sabes lo que va a pasar —le dije.

Fueron las últimas palabras que dirigí a mi hermana.

Ella me sonrió enigmática y ni tocó la sopa. Su ingesta de alimentos disminuía desde hacía años. Nos tenía preocupados, pero de una manera impaciente, irritada. Y es que todos teníamos que lidiar con nuestras propias decepciones. A mí no me gustaba ser un parásito.

—¡Come, joder, si no comes, te morirás!

Ya habíamos dejado de decirle que encontraría un trabajo, que prosperaría, que conocería a un hombre, que podía iniciar una nueva vida.

Y encima, no nos gustaban mucho ni nuestro primo ni la situación en conjunto.

Henne Fuego esperó su recompensa hasta los sesenta y ocho años. Creo que entonces comprendió que nunca llegaría.

No hablé sobre la muerte de mi hermana con casi nadie. Ni con amigos. Ni con colegas escritores.

Vergüenza.

Además, ¿qué podía significar Henne para ellos? ¡Por dios, si hasta yo llevaba años sin visitarle! Igual que le pasaba a Scrooge, para mí era un fantasma de un pasado que yo prefería olvidar. Un recuerdo que quería eludir. Negro, quemado, una harpía.

Aunque soñaba con ella. El cabello al viento, sentada en la copa de un árbol, sobre una rama desnuda.

—¡Zape!

Intentaba ahuyentarla.

Por supuesto que Henne Fuego no es su verdadero nombre. Es el nombre que Isaac Bashevis Singer dio a uno de sus formidables y explosivos personajes y yo la he bautizado así porque eso es lo que ella hizo, encender una llama. Aquel 13 de noviembre chispeó en cada peldaño de la escalera como un fósforo.

Sí, Henne Fuego se cayó por la escalera, y aunque la escritora que llevo dentro hizo uso de todos sus poderes para reprimir esta historia —creo que hasta intenté ahogarla apretándole la garganta, exprimirle el aire con mis propias manos— no me queda más alternativa que regresar a un relato del que creí haber huído y que nunca fue solo mío, sino de todos nosotros. Como si fuéramos las raíces de una planta, de un único organismo serpenteante.

Pues sí, soy uno de los niños Holbein.

Hija de Henri Elias Henrikus Holbein.

El brillante arquitecto de nuestro terror y excitación, gran maestro y director de nuestros momentos de extraordinario éxtasis y espanto.

Teatro y puesta en escena

Ya de niña me maravillaba la serpenteante vena de dolor y violencia que atravesaba nuestra vida familiar. Desde los pajarillos en la jaula de mi hermano mayor Malle, picoteándose entre sí (para que viéramos bajo su virulenta piel aquellas habichuelas que eran sus acelerados corazoncitos) hasta las numerosas explosiones y creaciones llenas de olor, color y contraste que almacenábamos en nuestros cerebros infantiles como *tableaux vivants*. Espléndidas burbujas que fijas en nuestra memoria familiar aún pueden reventar por dentro y pedirme a mí, su autodesignada archivadora, incluir las esquirilas en nuevas historias y constelaciones. Para —hablando como Nabokov— liberarme «del lujo de su riqueza».

Había una cierta rendición ante el miedo. Tanto al causarlo como al soportarlo.

Por ejemplo, durante tenebrosos juegos. El escondite en la total oscuridad, nuestra madre, Anna Alida, se quedaba fumando abajo, la casa a oscuras, y HEHH nos buscaba en la negrura, golpeando con las manos cada uno de los peldaños de la escalera. Nosotros, los tres más jóvenes, Kaj, Libby y yo, siempre nos escondíamos en el mismo sitio: el rincón lleno de pelusas de polvo detrás de la cama de Malle. El primero en ser tocado, moriría. Del pasillo llegaba el sonido de pies arrastrándose en la noche, resoplos, sollozos, gemidos...

Los rituales de Malle: un pie adelante, dos pasos atrás. Sus conjuros: golpearse el pecho con los puños, darse fuertes mordiscos en los antebrazos. Nos enseñaba orgulloso las marcas de los dientes, rojo encendido en la blanca carne. («Mira qué guay, me lo he hecho yo»). Había los proverbios de Henri («Vanitas vanitatum, omnia vanitas», «¿Cómo hallaré la senda a Lethe por el abrasador y sombrío basalto? Oh, olvidarlo todo... antes del anochecer») y sus pulgares presionando con fuerza los lados de nuestros cráneos mientras nos explicaba cuál era el punto más vulnerable del ser humano, las sienas. Pero aunque yo pensaba en todo aquello y lo cavilaba, formaba parte de esa especie de asombro que desarrollas de pequeño como parte de tu necesidad de conocer el mundo. Igual que uno puede reflexionar sobre las acciones y actos en un escenario, pero no sobre el fenómeno «escenario» o «acto» en sí.

A eso se añade que yo estaba destinada a llevar una existencia en el marco de la imaginación. Nací en 1962, en el gélido mes de diciembre de un invierno de una severidad legendaria («Todo el Mar del Norte estaba helado»), poco más de ocho meses tras el fatal accidente de tráfico en el que mis padres perdieron a su hijo pequeño (a Tobias le atropelló en el paso de cebra de la calle comercial de nuestro barrio una hormigonera que circulaba marcha atrás; sólo tenía seis años). Mi nacimiento un suceso que a los ojos de HEHH, mi padre y

progenitor, era tan extraordinario y milagroso que a partir de ese momento se supo vinculado para siempre con el Creador Todopoderoso, el Eterno Hacedor y Ente Resucitador. Y que a mí, la nueva forma de vida, me abocaba a una existencia en un ámbito tan oprimente como hechizante.

Cuando Kaj, Libby y yo unos años después poblábamos como un pleno de hijos tardíos el universo de Holbein, ese ya se había convertido en un escenario de magos. Un fantástico laberinto de espejos en el que HEHH nos recordaba con frecuencia que amaba «apasionadamente» a nuestra madre Anna Alida, con una dedicación y un ardor «de los que nosotros teníamos mucho que aprender».

Mi padre era bastante preciso a la hora de distribuir su amor.

—Primero está vuestra madre, después otra vez vuestra madre... después no viene *nada...*, después un buen rato otra vez nada... y *después* venís vosotros.

Pero pienso que la quería como muchos hombres querían a sus mujeres en aquellos tiempos y muchos aún lo hacen. Como se quiere a una buena pieza de artesanía. Un objeto de calidad bien acabado. No sé si la conocía de verdad ni si sentía la necesidad de descubrir quién era ella realmente. Lo que le gustaba, lo que no. Cuáles eran sus necesidades, sus anhelos o intereses, y cabe preguntarse si ella misma los conocía.

Ya entonces las paredes de nuestra casa estaban repletas de imágenes y óleos. En su mayoría copias hechas por HEHH de obras de grandes artistas. *Olympia*, de Manet. *El baño turco* de Ingres. *La muerte de Sardanápalo* de Delacroix (inspirado en la obra de teatro de Lord Byron). En la escena del cuadro se ve cómo el rey, que va a suicidarse (yo pensaba que tenía una enfermedad incurable), hace destruir todas sus pertenencias. Su harem, sus esclavos y sus caballos. Él los mira desganado desde un diván, sin inmutarse. Una mujer a la que un esclavo cortaba el cuello, había sido retocada con mi madre como modelo.

Preguntas no nos hacíamos sobre esta educación entre imágenes de un desnudo poliforme que siempre y nunca, en una repetición infinita, eran nuestra propia madre. Y más tarde nosotras, las hijas de Holbein. Nuestras caras pegadas encima de un único cuerpo idealizado siempre idéntico. Recuerdo que estábamos acostumbradas a la ávida mirada del ojo de látex y nos esforzábamos por merecerla.

Para entonces, ya no había ni rastro de Henne ni de Toddie. Era como si hubieran sido adultas siempre y su infancia, una burbuja de jabón. Un corto juego de luces y brillos escondido al mundo exterior que había estallado ya mucho antes de que nosotras nos

instaláramos en su cuarto, en la parte trasera de la casa. Estaban casadas, tenían hijos, nadie parecía echarlas de menos. Sé que mi padre pensaba que no eran muy inteligentes.

«Más tontas que hechas de encargo» o «que el asa de un cubo» eran expresiones corrientes sobre Henne y Toddie que aunque nosotras no apoyábamos, sí llevamos por dentro hasta muy entradas en la adultez, y también en nuestra vida posterior.

Según mi madre, Henne había sido una niña muy introvertida, llena de secretismos. Nerviosa y huidiza como un conejito. Siempre con algún mal que necesitara atención. Y Toddie (labios llenos, ojos grandes, cabello moreno y ondulado), coqueta desde muy pequeña.

Mi madre supuso el segundo inicio para mi padre y él tuvo que saber que no habría un tercero. Era vibrante y hermosa como una flor demasiado pesada, una amarilis, hallada y revelada por mi padre como algo especial y secreto. La rosa en el estercolero. Una valiosa pieza de porcelana desconchada. Quizá era ella la tara. Él la había conquistado, se la llevó, le limpió la suciedad, la introdujo en la casa de su primera familia y Henne y Toddie la acompañaban y todo era opulencia.

*

Sobre el primer encuentro de mis padres, cómo se conocieron y se hicieron pareja, circulaban varias historias. En todas desempeñaban un papel las apariencias y la esencia, la reputación, el estatus y el (posible acceso al) mundo de la belleza y el arte. La que mejor se me clavó en la memoria era aquella en que mi padre, que en aquel tiempo trabajaba en la agencia de gestión de cobros de su suegro, fue enviado a embargar los bienes de mi madre y su primer marido.

Escribimos 1949.

Trajeado, con los zapatos buenos y un archivador con tapa de nubes negras debajo del brazo, Henri Elias Hendrikus Holbein, que había sorteado los años de la guerra sin sufrir grandes rasguños, se paseó hasta la dirección que le habían dado, llamó al timbre y Anna Alida le abrió la puerta. Sin sorpresa ni desconcierto le invitó a pasar a la humilde salita en la que las dos niñas que se iban a convertir en mis hermanas, jugaban sobre una manta. Ella le dijo que, tal como veía, no había mucho que embargar. Sus ojos grises echaban chispas. Tenía una agradable voz de alto impregnada de una rabia mate y él la invitó a almorzar. Dejaron a las niñas al cuidado de una vecina. Se dirigieron a una cafetería en el centro de la ciudad. Allí, en lo que duran dos tazas de café, ella debió de extenderle el tapete de su vida. El padre ausente, la madre analfabeta, sus abuelos fallecidos (la abuela de enfermedad cuando ella tenía catorce años, el abuelo a causa de un delirio, blandiendo cuchillos delante de la estufa de

leña negra para espantar unos demonios invisibles). La minúscula vivienda en el barrio de Ondiep, en Utrecht (compartiendo cama con su madre durante años, el circo Toni Boltini, «si hubiera querido, podía haber ido de gira con ellos») y la guerra (su madre picoteaba y mendigaba comida en la misma calle donde, a los dieciséis, se había paseado del brazo de un joven soldado de la Wehrmacht). Y por último, el bombardeo, las heridas en la pierna y el precipitado matrimonio con el estafador, que había sido la única persona que le había visitado en el hospital. («Piensa que cualquier idea que se le ocurre es oro puro»).

Un lienzo mortecino ante el cual mi madre, con su resplandeciente rostro de madona, tuvo que resaltar; una manzana de navidad recubierta de una capa de cera (incomestible, pero toda una promesa de salud, dulzura).

Dudo que en aquel momento HEHH fuera consciente de la profundidad del abismo social que les separaba. O quizás lo conocía muy bien. Aquella Anna Alida de veinticinco años tuvo que mirarle con admiración, un hombre de aspecto cuidado, con su abrigo de lana. Un hombre que se expresaba con frases completas y que cortés, apartó a un lado los papeles del embargo. Que al día siguiente del almuerzo ofreció comprarles unos zapatitos a las dos niñas. Las había observado con atención caminando por la casa en calcetines sucios...

Sospecho que después de unas semanas de vida secreta con mi madre (horas robadas en una habitación de hotel, cenas bajo globos blancos), los años con su primera esposa se diluyeron totalmente y se convirtieron en poco más que elementos de un juego que él, Henri, había jugado para matar el tiempo hasta llegar a esta nueva, más emocionante vida, Anna Alida el caos hecho carne en el que él podía escapar de la garra de su tan rígidamente estructurado universo. Un yugo del que había querido liberarse antes de que la soga le apretara demasiado el cuello.

Más tarde, cuando mi padre hablaba de los años con su primera esposa (cosa que casi nunca hacía, igual que tampoco mencionaba a su primera cosecha de hijos), lo hacía con frialdad y asombro. Como si le pareciera imposible haber vivido con la hija sin talle y mayor que él de un comerciante no desprovisto de medios en cuya imponente mansión había mantenido largas y tediosas conversaciones entre hombres — coñac, puros. O que habían existido abrazos toscos en una cama de matrimonio de una madera tan pesada que era imposible moverla y que recordaba a un ataúd. Pero entonces conoció a Anna, nuestra bella madre, bella Anna.

Sobre la forma exacta en que mi madre y sus dos hijas fueron a parar a la vivienda de Henri con sus delgados pisos y paredes de papel donde cualquier movimiento hacía tintinear las lámparas y saltar el yeso de las paredes, hay dos versiones. En la versión de Henri, un amor y una pasión abrasadores les había empujado a «comerse el mundo». En otra, Anna Alida, a quien su marido había puesto de patitas en la calle con sus hijas, se había visto forzada a mudarse a la casa de Henri y de su primera esposa, antes de que ésta lo abandonara. Con lo que se convirtió en la no exactamente voluntaria madrastra de los primeros hijos de Henri. En los siguientes años, ella dio a luz a seis más. En 1951, Malle (que llegó al mundo con dos meses de adelanto y una deficiencia mental), en 1952 Max, en 1956 Toby y por último los más jóvenes: la abajo firmante (1962), Kaj (1963) y Libby (1967).

Juntos empezaron una nueva vida que tras el despido inmediato de Henri de la empresa de su *not amused* suegro, se desarrolló durante mucho tiempo como una sucesión de intentos para salir de una pobreza aterradora. Una vida en la que sus sueños de inspiración ininterrumpida y libre creación (la musa bien a mano) se estrellaban a diario contra la rocosa costa de la nueva realidad.